

Descorramos un tupido velo

La costumbre de llevar ciertas prendas de vestir que se asocian a prácticas religiosas, acarrea la posibilidad de abrir un debate de ámbito nacional... de esos que empiezan, para nunca acabar.

Somos el país de los debates. Nos gusta debatir sobre cualquier cosa. “¿Está usted a favor o en contra de la Ley de Gravitación Universal?”. Usted pensará que exagero. No: que al monumento a La Piedad que preside El Valle de los Caídos se le empiece a deteriorar la piedra 50 años después de que la dictadura española la inaugurara, pues ya habrá alguien que diga que “lo que quieren éstos, es desmantelarla”. Al tiempo.

La chica que andaba estos días pasados con la cuestión de si la dejaban ponerse o tenía que quitarse el pañuelo a la cabeza para asistir a sus clases, se cambia de colegio. Parece que la estrategia británica de no hacer caso de los asuntos que se quieren evitar va a dar resultado. Muy distinta a nuestra otra estrategia: opinamos para pontificar; hablamos para que se sepa qué norma habría que aplicar “urbi et orbi”.

Proponen personas cualificadas (que es a quien hay que preguntar y no para saber qué piensan, sino para actuar en consecuencia), que si queremos dejar de tener el “hiyab” como problema, lo que hay que hacer es no hablar de él. Ciertamente, parece que un símbolo de madurez social es el que no nos importe la forma en la que van vestidas las personas que forman parte de nuestras sociedades.

Yo, que aun soy de quienes no ven claro que, por identidad cultural, un chico entre en clase con una gorra (ya sea del derecho o del revés), he de reconocer que lo que ha de ser relevante es que esa persona participe, intervenga en clase. Estoy seguro de que con su participación en la vida académica, lo de menos será qué lleva por fuera de la cabeza; es mucho más interesante saber qué lleva por dentro.

Una sociedad donde apenas se da muestra de cercanía entre los seres humanos, donde hay auténticos biombo sociales que nos facilitan “la vida en exclusividad” (en vez de en sociedad), donde lo esencial no es compartir contenidos, sino compartir envoltorios, es de suyo natural que lo que más le preocupe sea cómo anda vestido el prójimo; no cuáles son sus inquietudes, cuáles son sus intereses compartidos con los míos.

Ése es parte del problema: que las personas autoconcebidas como normales, no necesitamos seres extraños para nuestra construcción social; nos molestan. Velo y gorra nos molestan. Por eso obligamos a tantas personas a salir del armario... para decirles, al tiempo, que ¡ya está bien de que sepamos de tu sexualidad! Así somos: benditas gentes, unas y otras.

Fecha: 26/04/10

Enrique de Amo

Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL